

Valentín Letelier Madariaga (1852-1919)

Radical insobornable

Sembró las ideas del humanismo laico que abogaban por la secularización de la sociedad. Imaginó que la Revolución del '91 era para restablecer la constitucionalidad y se equivocó. Pronto entró en pugna con el parlamentarismo.

PABLO PORTALES

Valentín Letelier inició su mayor obra intelectual en la clandestinidad. En enero de 1891, a los 38 años, perseguido, empujó la pluma para escribir *La filosofía de la educación*.

A los tres meses fue arrestado por la policía de Valparaíso, pero no interrumpió su labor. Sólo cuando de la cárcel fue trasladado a la Penitenciaría se detuvo y los manuscritos los puso en manos de su amigo Daniel Christie.

Al escapar de Iquique, su lugar de reclusión, en septiembre de 1891, recorrió la escuadra y en ocho meses dio a luz su primera versión, pero la obra recién quedó terminada 20 años después, en 1912.

Letelier aunque suscribió —como diputado— la deposición del Presidente Balmaceda, se resistía en el parlamentarismo. De hecho se había abstenido cuando este se votó en su Partido Radical.

Su actitud ante la crisis del '91 la compartió su amigo Juan Enrique Laguarda cuando le escribió: "Útil agitado la revolución, pero está en contra del espíritu revolucionario".

Letelier entendió que la revolución se haría para restablecer la institucionalidad quebrantada por Balmaceda, pero se equivocó, porque la mayoría liberal-conservadora, e incluso de su propio partido, estaba por fundar un nuevo régimen político.

Mostró ingenuidad cuando ante los estudiantes de Derecho —cálido Balmaceda— dijo que el triunfo de los conservadores significaba que el poder parlamentario no establecería su predominio sobre el poder presidencial.

LA MIRADA LAICA

Fue el tintero de once hermanos. Los negocios del campo de su padre, Gregorio, decían. La soberanía una parálisis y la prosa quedó bajo la tutela de la madre, Tránsito.

Mientras la mayoría se radicó en Cautín, Valentín fue a Talca, a estudiar al amigo de su tía Rita. Ahí se distinguió en todos los



Los conservadores se opusieron firmemente a la nominación de Valentín Letelier como rector de la Universidad de Chile.

sectores, entonces su madre, entusiasmada, lo envió al Instituto Nacional, dirigido entonces por Diego Barros Arana.

Letelier fue hijo de la renovación educacional del historiador. Ahí forjó su carácter "más reflexivo que hablador, más seguro en el pensar que pronto en el decir".

Con su lugar acunado, tuvo que trabajar para iniciar sus estudios de Derecho. Conseguió el nombramiento de inspector suplente en el instituto, y más tarde la Cátedra de Historia en el Instituto Americano, un colegio particular de prestigio.

La meditación y la tortura fueron su vitalidad cerebral. Metódico, retraído y concentrado se escapó del trabajo, con paciencia: "Debemos encontrar más en descubrir el camino que llega a la verdad que en recibir hecha la verdad misma".

La filosofía positivista lo estimuló a abrirse hacia un horizonte dilatado de conocimiento e influyó su entusiasmo impulsando un sentimiento de servicio a la humanidad.

Augusto Cousié y Emilio Litre, sus maestros, lo condujeron a socavar prejuicios labrados por generaciones, desencadenando una ola de extrema violencia verbal del positivismo. Su concepción de un mundo secularizado, cultivado en el positivismo y en la cultura europea, chocó con el arraigado ambiente

intelectual católico. Su mirada laica lo sometió sin clasificar, a pesar de las dificultades. Cuando el claustro pleno de la universidad lo eligió rector, fue tal la resistencia que el Presidente Germán Riesco no se atrevió a designarlo.

NO CHOCAR CON NADIE

El magisterio era su deber, pero la educación no le bastó. Desde las filas del Partido Radical, perseverante, preparó el ambiente para que sus ideas se tradujeran en proyectos y evaluaciones.

Diputado en 1879 y en

1888, casi no asistió a las sesiones. Su actividad política la hizo a través de la prensa. De sus tribunas emanaron posiciones punnantes en pleno parlamentarismo.

Letelier pronto impugnó uno de los frutos de la Revolución del '91: la coalición liberal-conservadora. El Partido Liberal representaba una mayoría dominada por el país, pero le faltaba solidez ideológica.

El indiferentismo doctrinario de los liberales permitió que una reacción solapada amenazara con desmoronar sus logros de tres décadas de gobierno.



Los conservadores cuando gobernaban, se hacían de la parte del león, y cuando estaban en la oposición, obstaculizaban. Los liberales, acomodaticios, carecían de iniciativa propia.

Tras la guerra civil, Letelier escusó la atmósfera de una política desahogada: "Un pueblo sin debates, sin agitación en torno a los asuntos del Estado, es un pueblo muerto".

Las máximas políticas y morales eran no chocar con nadie, avenirse en todo, no ofender con profusiones de fe liberal a los oídos clerical-conservadores.

El ideólogo radical, contestatario, decía: "De este modo estamos convenciendo a nuestros hijos que lo más importante en la vida es engañar".

ALTIVO SIN VANIDAD

Ante la emergencia de los pobres y la clasificación liberal, Letelier captó la cuestión social, dibujó ideas socialdemócratas y propagó la alianza con el Partido Demócrata, entonces representante de la reciente clase trabajadora.

Para sus ideas fueron necesarias. La sociedad no estaba preparada para amén. Ahí quedaron, como esperando su tiempo, mientras Letelier batallaba

el individualismo de los fuertes.

"Ellos piden —decía— sólo una cosa: libertad, o una garantía de que el Estado no interviene en la lucha por la existencia para alterar el resultado final en favor de los débiles". Para el radical, una política progresista "no es el arte de establecer el libre cambio, sino es el arte de articular necesidades sociales".

Su postura de renovación cultural tuvo corrientes muy similares de la ideología conservadora. De ahí la dura oposición para que se le designara rector. Pero el Presidente Pedro Montt, recién electo, lo hizo a costa de los ministros conservadores. Pero cinco años después a Letelier le tendieron una celada y renunció.

Se retiró altivo, rehuyendo todo festejo. Sin bolsa, se encerró en su hogar a escribir. Su hija única, Isaura, atestigüó una silenciosa falta de vanidad de su padre: "Ficó convencido que era el único socio chileno de la Société Académique d'histoire Internationale después de su muerte, cuando se halló su diploma".

No se lo había dicho a nadie.



Para comenzar sus estudios de Derecho trabajó como inspector de limpieza del Instituto Nacional, donde cursó sus humanidades.

AUTORÍA

Portales, Pablo, 1951-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Radical insobornable [artículo] Pablo Portales.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile